

# PRESENTACIÓN

*Las imágenes y, en general, la visualidad, se han convertido en el eje de investigaciones y discursos. Como fuente importante —a veces fundamental— para la investigación histórica, las fotografías son utilizadas por antropólogos, historiadores y científicos sociales en México y el mundo. Las encontramos reproducidas en todo género de publicaciones, académicas y de divulgación, dando pie a sustanciosas reflexiones sobre la naturaleza misma de la imagen y sus significados para la sociedad contemporánea.*

*Hace una década, presentamos un dossier sobre estos temas (“Antropología e Imagen”, Cuicuilco núm. 13, mayo/agosto 1998), que fue profusamente consultado por la comunidad de historiadores y antropólogos; hoy constituye un indicador historiográfico del tipo de trabajos que se realizaban en nuestro país a mediados de la década de los noventa. El expediente que hoy presentamos puede verse como una segunda parte de aquella entrega, en la medida que complementa y amplía las perspectivas esbozadas en aquel número pionero. La atención en el sustento teórico y metodológico respecto al ejercicio de la investigación, así como el rescate y exploración de archivos, ha permitido la lucidez evidente de estos siete ensayos, que por lo demás prestan especial cuidado en el propio proceso de trabajo. Así, además de entregarnos materiales novedosos, se convierten en contribuciones básicas para futuros historiadores de la imagen.*

*El volumen incluye a autores con una larga trayectoria en estos temas, junto con otros que representan una renovación generacional, muestra de la continuidad en este tipo de reflexiones, y autoras que realizaron su primera aportación sólida en estos terrenos con tesis e investigaciones de posgrado en años recientes. Tal es el caso de las jóvenes académicas Elisa Lozano, Marion Gautreau y Deborah Dorotinsky, que comparten créditos con los veteranos John Mraz, Rebeca Monroy, Patricia Masse y Alberto del Castillo.*

*En su artículo “¿Fotohistoria o historia gráfica?”, John Mraz, uno de los pioneros de la disciplina en nuestro país, desarrolla una reflexión crítica sobre los usos de la fotografía para la investigación de corte histórico, que en cierta forma resume algunos de sus*

escritos y conferencias sobre el tema. En esta ocasión, privilegia tres ejes fundamentales que son al mismo tiempo claves básicas para la lectura histórica de las imágenes: el género, la clase y la etnia. En todo momento, el autor enfatiza la enorme importancia del contexto documental para la correcta lectura e interpretación de las fotografías y, con la mirada irónica que lo caracteriza, recorre algunas de las publicaciones que en las últimas tres décadas han utilizado la fotografía con un sentido convencional, que las reduce a meras ilustraciones, sin un contenido crítico y social.

Deborah Dorotinsky, cuya línea de investigación se ha centrado en la representación de los mundos indígenas, traza una sugerente e informada lectura de un importante acervo fotográfico en “La puesta en escena de un archivo indigenista: El archivo México Indígena del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM”. Desde una perspectiva didáctica analiza con rigor la producción fotográfica de Raúl Estrada Discua, el autor más relevante del acervo en cuestión, y la confronta con los fundamentos más representativos de la etnología occidental durante la primera mitad del siglo xx. Así, construye un recorrido sobre las formas de mirar a los indígenas, para reflexionar sobre la consolidación de los imaginarios indigenistas, sustentados más en la imagen que en los textos. Lleva a cabo una relectura de los autores clásicos del género en México —como Carl Lumholtz, Frederick Starr y Leon Diguét—, que explican el proyecto de Lucio Mendieta y Núñez, a la vez que confronta y complementa archivos que le permiten una visión más completa del conjunto. De esta manera sitúa los temas y las maneras de componer las imágenes producidas por Estada Discua.

Elisa Lozano, exploradora incansable de los vínculos y puentes entre el cine y el universo de la foto, desarrolla en “Hacia la recuperación de una plástica perdida. Luis Moya Sarmiento: escenógrafo”, un esclarecedor relato de una faceta olvidada de la producción cinematográfica. A partir de la obra relegada de Luis Moya Sarmiento, se obtiene una perspectiva novedosa para comprender la historia de la cultura visual en México de los treinta a los cincuenta del siglo pasado, dejando también esbozado el nexo con la fotografía de su hijo, Rodrigo Moya. La trayectoria de escenógrafo le permite a Lozano establecer el devenir del mundo plano o pictórico del teatro a la naturaleza arquitectónica del cine, así como los motivos que serán recurrentes. A partir de establecer algunas de las etapas y contenidos de la industria fílmica, la autora se detiene en el vínculo entre la mirada estética y la expresividad visual lograda en diferentes películas, a través de episodios concretos que pasan por una ruta crítica, fundamental para la revisión del imaginario cinematográfico de aquella época, representada por los directores Fernando Soler, Juan Bustillo Oro, Joaquín Pardavé, Roberto Gavaldón, Matilde Landeta y Luis Buñuel.

En su artículo “La Ilustración Semanal y el archivo Casasola: una aproximación a la desmitificación de la fotografía de la Revolución Mexicana”, la investigadora francesa Marion Gautreau coteja este importante acervo, contrastándolo con las revistas ilustradas de la época, particularmente con la Ilustración Semanal. Con ello, puede ampliar y sustentar su perspectiva crítica para indagar sobre el tono monolítico que el discurso

oficial ha establecido para los Casasola. La autora traza una mirada compleja e informada, plena de claroscuros, para desmitificar el lugar social del Archivo Casasola y su fundador, Agustín Víctor, como fotógrafo único —o el más importante— de la gesta revolucionaria. La indagación sirve también para incorporar un heterogéneo universo de miradas provenientes de diversos puntos del país, que incluye a autores conocidos como Ezequiel Álvarez Tostado, Abraham Lupercio, Samuel Tinoco y Eduardo Melhado, y a otros que han quedado en el olvido como Jerónimo Hernández, Carlos Muñana, Refugio Martínez, Llanes y Guillén, López de Guaymas. El trabajo de Gautreau avanza sobre las investigaciones de Flora Lara, Ignacio Gutiérrez, Rosa Casanova y Daniel Escorza, para recuperar la enorme riqueza de ese que fue el periodo formativo del fotoperiodismo en México. Gautreau contribuye así a descifrar algunas de las claves del imaginario revolucionario como sustento de una identidad nacional.

Rebeca Monroy, una de las historiadoras gráficas más importantes del país, especializada en los vericuetos y avatares del fotoperiodismo, desarrolla en su artículo “Haz de luz: la mirada de Antonio Rodríguez y el fotoperiodismo contemporáneo”, un acercamiento cautivador al pensamiento crítico del pensador lusitano, una de las miradas más certeras y luminosas de la historia fotográfica de México en el siglo pasado. Olvidado por los especialistas de la historia del arte debido a algunas de sus posiciones doctrinarias en torno al muralismo, en el trabajo de Monroy surge como un personaje central en la valoración de la obra que los fotógrafos de prensa realizaban. Al trazar un perfil del fotoperiodismo de la primera mitad del siglo, se detiene en las entrevistas y el trabajo que Rodríguez realizó para la magna exposición “Palpitaciones de la vida nacional”. En el Palacio de Bellas Artes desplegaron sus imágenes autores como Enrique Díaz, Manuel Montes de Oca, Ismael Casasola, Faustino Mayo y otros cuya memoria rescata. El ensayo constituye un primer acercamiento a dicha puesta en escena y a la mirada del crítico, a través de un conjunto de materiales documentales que sustentarán nuevas investigaciones. La autora desglosa ciertos ejes temáticos que surgen de las entrevistas, como el origen social y la formación técnica de los fotógrafos, para contextualizar algunas demandas del gremio y comprender de manera más profunda el quehacer de estos operadores de la luz al servicio de la prensa.

Patricia Massé, reconocida investigadora de la Fototeca Nacional, realiza una compleja interpretación de un corpus fotográfico procedente de esa institución, una de las más importantes de América Latina, en su texto titulado “Invisibilidad y privacidad. Fotografía y masonería en la ciudad de México a fines del siglo XIX”. La autora revisa la aventura que involucró a la foto en la demostración de la realidad de lo invisible. Es su punto de arranque para definir algunos vínculos establecidos entre la masonería y la fotografía a finales de aquella centuria en la capital mexicana. Como parte de dichos nexos nos plantea una reflexión en torno a ciertas imágenes que revelan elementos iconográficos pertenecientes al universo simbólico de la masonería y que remiten a un código que sólo puede ser descifrado a través del acceso a un conocimiento restringido y de alguna

*manera prohibido. Todo ello teniendo como escenario el jardín de la finca que perteneció a Juan Antonio Azurmendi.*

*El entorno de la propiedad en la colonia San Rafael de la Ciudad de México, le permite a Massé situar el acervo en el contexto de la modernidad urbana tardo porfiriana y en la exaltación de un clima de incertidumbre y fragilidad que han postulado autores como Marshall Berman.*

*Cerramos estas incursiones con el trabajo de Alberto del Castillo, "La frontera imaginaria. Usos y manipulaciones de la fotografía en la investigación histórica en México", en donde se asoma a dos fechas paradigmáticas de la historia política de México en el siglo pasado: 1910 y 1968. La lente crítica del historiador se detiene en la puesta en escena editorial de dos imágenes que forman parte de los mitos y leyendas en torno a la Revolución y el movimiento estudiantil capitalino. Se trata de la famosa "Adelita", sujeto anónimo pero conocida de todos los mexicanos, que durante décadas fue considerada un ejemplo épico que consagraba la participación femenina en la gesta que daría pie al México moderno; y una fotografía de Florencio López Osuna, uno de los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga, captado por la lente de Manuel Gutiérrez, fotógrafo contratado por Luis Echeverría Álvarez, secretario de Gobernación de Gustavo Díaz Ordaz. La imagen fue difundida por algunas publicaciones décadas más tarde, sin presentar el crédito autoral e institucional, reforzando la atmósfera misteriosa en torno a aquellos hechos, muy propicia para la recreación de ciertos imaginarios. El análisis permite a Del Castillo remarcar el lugar preponderante que ha desempeñado la fotografía en la construcción de mitos y de imaginarios políticos y culturales, al señalar los contextos políticos y las estrategias editoriales que oscilan entre el registro, la parcialidad y la ficción.*

*Con la presentación de los siete textos, de académicos mexicanos y extranjeros, concluimos esta doble entrega que inició hace exactamente una década. Estos avances en la investigación dan cuenta de la solidez actual de esta rama tan particular de la historia que aún no encuentra su nombre propio, pues, como se ve en los ensayos, se nombra indistintamente historia gráfica o fotohistoria. No importa el nombre, lo verdaderamente relevante es que se rige bajo las premisas metodológicas y teóricas de la historia social y de la historia del arte. Como queda demostrado, la lectura de las imágenes depende directamente de los contextos políticos y sociales en los cuales fueron construidas, así como de los objetivos de cada investigador, lo que no significa una carencia de rigor y objetividad. Todo lo contrario, estos trabajos elaboran interpretaciones a partir de la ubicación precisa de la imagen, de su análisis formal, del uso que se hizo de ella y de su circulación.*

**ROSA CASANOVA**

**ALBERTO DEL CASTILLO TRONCOSO**